

HEMEROTECA

MADRID

AÑO I.

La Unión Republicana

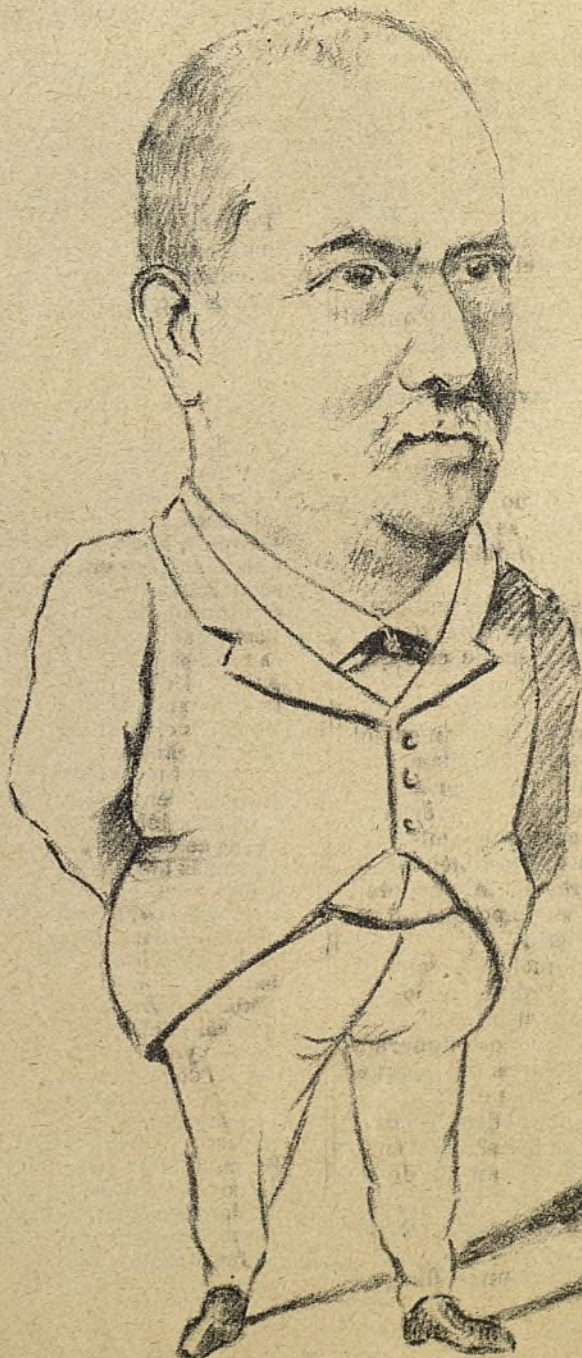
CADIZ.

SUPLEMENTO ILUSTRADO

GALERIA REPUBLICANA

SUSCRIPCION, 50 CÉNT.
NÚMERO SUELTO, 15 CÉNT.

NÚM. 12.



ALFONSO MORENO ESPINOSA

Ayuntamiento de Madrid

CÁDIZ 24 DE MARZO DE 1895

Balance



emos entrado oficialmente en la primavera, aunque las lluvias y otras municipales astronómicas que estamos sufriendo se encargan de probarnos la inestabilidad de las cosas humanas y la poca formalidad de los almaraques.

Cuando Castro era pollo, (A. de J. C.) no pasaban las cosas de este modo. Entonces había vergüenza, vamos al decir, en los elementos, y lo mismo era anunciarse la primavera, que cubrirse la tierra de flores, y de granos la epidermis de los mortales. ¡Ah señores! En aquellos tiempos, según nos refieren los historiadores de la época, Suetonio, Sanchez del Arco y otros, daba gusto vivir porque todo estaba en orden y corría la plata y en el verano hacía calor y en el invierno frío, y así sucesivamente.

Pero los tiempos han cambiado y ya no hay quien cump'la lo que ofrece ni quien tenga dos pesetas...

Vamos a ver si tengo o no razón.

¿Quién ha visto entrar la primavera habiendo crisis?

Pues así está todo en España.

¡La crisis! Palabra «fanática»—como dice Genovés, por decir fatídica—que perturba las naciones y lleva el luto y la desolación al sagrado del hogar doméstico.

Yo quisiera que algunos de los lectores, pudieran penetrar por un momento en el domicilio de los señores de Baticola para convencerse de esto que digo.

¡Qué cuadro tan horripilante!

¡Qué escenas, qué caras... y qué suelo tan sucio!

Figúrense Vds. que desde que se anunció la crisis, fué tan grande el dolor de la familia, que por acuerdo unánime decidieron sus miembros, el padre, la madre, dos niñas núbiles, dos suegros (de ambos sexos) tres cuñadas y la doméstica que también forma parte de la familia—según rumores de la vecindad—decidieron, repito, comer en el suelo porque no tenían gusto ni para sentarse a la mesa.

Después de dos ó tres días de aquel ejercicio, el padre dijo que él no podía resistir el dolor de los riñones y que no comía más como los cerdos.

Pero la madre que tiene genio de estanquera y usa barba corrida, lo cogió por lassolapas del chaquet y después de zarandearlo en silencio, le dijo:

—Mira que no respondo de mí, Pedro Nolasco!

¡Mal padre! ¿no ves el dolor de tus hijas? ¿No comprendes que estamos en peligro de que un día de estos te dejen cesante? Y con todas estas cosas, ¿tendrás gusto para entrar siquiera en el comedor, grandísimo indecente?

—Pero mujer: déjame descansar unos días, y

cuando ya los riñones se vayan calmando, volveré a comer en el suelo: no seas bestia, esposa mía...

No pudo acabar.

Doña Lupe se abalanzó al cuello de su marido, y gracias á la intervención de la doméstica que estaba al quite no hubo allí una desgracia.

—Papá tiene razón, gritaban unas.

—No, no; quien la tiene es mamá, aullaban las otras.

—Más vale que tuvieras vergüenza, decía Nolasco, dirigiéndose a doña Lupe, y envalentonado con el auxilio que le prestaban. Más vale que tuvieras vergüenza, y no te presentaras delante del aguador con el traje á media pierna y te pusieras á tirarle pellizquitos en la nariz.

—No me sofoques, Nolasco. Yo me permito esas bromas porque es un muchacho muy desgraciado y muy servicial. Ayer me estuvo ayudando á hacer la cama de las niñas...

—¡Un cuerno! berreó el esposo.

En aquel momento entraba el aguador.

Y con ligeras variantes esto es lo que sucede en las familias donde el jefe es empleado de los que «saldrán».

Y hago tal distinción, porque todos sabemos que los hay inamovibles, y á esos ni un rayo los aparta del fogón del presupuesto.

De eso estamos libres los que no nos tratamos con la nómina.

No tendremos una peseta, es verdad.

Pero en cambio, nos dicen que á Sagasta lo ha cogido un carro ó á Genovés lo ha hecho trizas una bala de cañón, y como si tal cosa.

¡Para lo que nos habían de dar!

Luis de Cádiz.

¡LA CRISIS!

Palabra tétrica
que llevó al ánimo
de los municipales
la desazón,
porque la nómina
que tenían íntegra
se marcha rápida
de la fusión.
Castro sabiéndolo
se puso pálido,
Arbol el cómplice
tembló también,
mientras el público
lanzaba cánticos
por ver el término
de este belén.
Llenos de júbilo
ya los de Cánovas,
Meléndez hizo
lujoso frac,
mientras el «Figaro»
que á muchos árboles
llamó riquiticos,
bailó el can-can.
Hubo monárquico
que cantó el «Pipili»
viendo ya el próximo
fin del dolor
que en el estómago
formara época
al fuerte ímpetu
de un hambre atroz.
Genovés, yéndose
al Parque célebre,
junto al umbráculo
se fué á sentar,

y entre aromáticos
perfumes virgenes,
allí sus cábalas
se puso á echar.
Pensó en su kábila,
y en su faz horrible
risa purísima
dejóse ver,
y tras un lánguido
suspiro sáfico,
pensó en las láminas
del Banco Inglés.
A Castro el célebre
le costó un sincope
cuando aquí supose
lo de Madrid,
y un tarro cónico
de una carísima
tintura líquida
para teñir.
Mas como es lógico,
hoy los monárquicos
de dudas lúgubres
al fin saldrán,
porque el telégrafo,
de este plan mimico,
el fin diabólico,
ya les dirá.
¡Hado benéfico
que eres tan pródigo
con los mamíferos
de la fusión,
llévate á Práxedes,
llévate á Cánovas,
llévate al héroe
del espadón!

FIGARITO.

MORENO ESPINOSA

No dirán los que esto lean que el cariño al maestro inspira los elogios que traza la pluma.

Es tan grande el mérito y de tal relieve la figura, que cuanto se diga, ni ha de parecer lo bastante, ni ha de achacarse á otro móvil que á la justicia.

Escritor galano y castizo, Moreno Espinosa encanta por la fluidez de su prosa y por lo correcto y primoroso del estilo.

Historiador de grandes vuelos, subyuga y atrae por la sinceridad del relato y por lo desapasionado del juicio.

Político honrado, convence por su fe y adoctrina con el ejemplo.

Fue idólatra del gran tribuno, y en punto á admiración y respeto al jefe, nadie le aventajó en el posibilismo.

Y tan grandes y continuas fueron las manifestaciones de adhesión y cariño, que cuando en hora menguada Castelar plegó sus banderas para acogerse al pabellón enemigo, nosotros, los discípulos, los que desde la niñez profesamos á Moreno Espinosa el filial respeto que merecen sus bondades y con nosotros los republicanos todos, creímos que el sabio catedrático del Instituto—¿por qué no decirlo?—pondría por encima de los creencias políticas, de antaño arraigadas en el alma, la idea de la consecuencia personal que obliga á seguir al idolo hasta en sus errores...

Y por Dios que el error fue en nosotros de bulto, y grata la sorpresa que así nos lo hizo entender.

Aún se recuerda la hermosa carta que publicó el «Diario de Cádiz», en la que Moreno Espinosa, lamentando la inconsecuencia del jefe, afirmaba sus ideales, fustigando con su crítica severa y justísima, la evolución del antiguo demócrata. Y aquella profesión de fe, más sincera cuanto menos pedida, atrajo sobre la personalidad del autor del «Año Biográfico», felicitaciones y plácemes de corazón tributados.

Y en las filas republicanas sigue, y si los entusiasmos briosos de la juventud ya no le espolean, en el fondo de su alma, la idea de la República, encarnación augusta del derecho y de la fraternidad igualitaria lo llena todo, inspirando los actos de su apacible vida consagrada al trabajo y al amor de los suyos.

Moreno Espinosa es un conservador de la democracia. Mas si su carácter repugna los temperamentos de violencia, su corazón noble condena los atropellos al derecho en todas sus manifestaciones.

—¿Por qué entonces—dirán muchos—no abandona sus teorías evolucionistas y presta el valioso apoyo de su talento á la política de acción? ¿Es que sueña?...

—No: es que ESPERA.

J. N.

“BOUQUET”

Por cada peseta
que te guardes mia,
permitan los mengues, que te dé, serrano
una pulmonía.

Vete afilando las garras,
que anda diciendo la gente
que dura poco Sagasta.

Contigo ni á misa,
porque te conozco
y sé que te llevas hasta los cigarros
que compran los otros.

Anda vete de mi vera
que me hueles á presidio
y la peste se me pega.

Montañas de espuma,
un ciclón deshecho...
y por culpa de algunos bribones
¡muertos y más muertos!

Yo sé por lo que lo digo:
si el mar tuviera vergüenza
se tragaria á los pillos.

No tienes la culpa,
sino algunos necios
que te dan la mano cuando te mereces
cargarte de hierros.

Mira si te miro bien,
que te quiero retratar,
guardar el retrato, y luego...
romper el original.

Paliza y Compañía.

DEL NATURAL

Con el adjetivo de mirón, me atrevó á designar un tipo muy común en verdad, pero no por eso menos molesto y antipático.

Me refiero al individuo que en cualquier sitio donde hay establecida una partida de tresillo, ajedrez ó dominó, se pega á ella como la yedra al muro, para quemar la sangre á los jugadores con sus consejos y majaderías.

Su sola presencia basta para crispar los nervios á personas que, no habiéndose permitido en su vida alzar la vista delante de su suegra, se convierten de pronto en verdaderos basiliscos.

Y no por que el mirón sea un ser repugnante á primera vista, porque los hay correctos y hasta ilustrados, si no por el maldito veneno de que está saturado todo su ser, viniendo á resultar como esas moscas de esplendores maticés que al posarse en cualquier parte del cuerpo humano, obligan á amputarla al momento para evitar la gangrena.

Observemos al mirón en el crítico momento de ejercer su endiablado cometido.

Supongamos un Circulo cualquiera, y que en él se ha establecido durante la invernada y entre cuatro amigos una partida de tresillo á cierto interés el tanto, y supongamos también que entre éstos exista una persona importante, como por ejemplo, un cacique.

Tan pronto como principia la partida, se aproxima el mirón, con ansias de tigre, á cualquiera de los jugadores, pero nunca al cacique.

—¿Qué suertecita amigo! ¡valientes cartas le han tocado! Y siempre lo mismo.

El interpelado, que ya le conoce, principia á azararse y á tragar saliva.

—¡Sr. de Caliche! ¿quiere Vd. no molestarme?

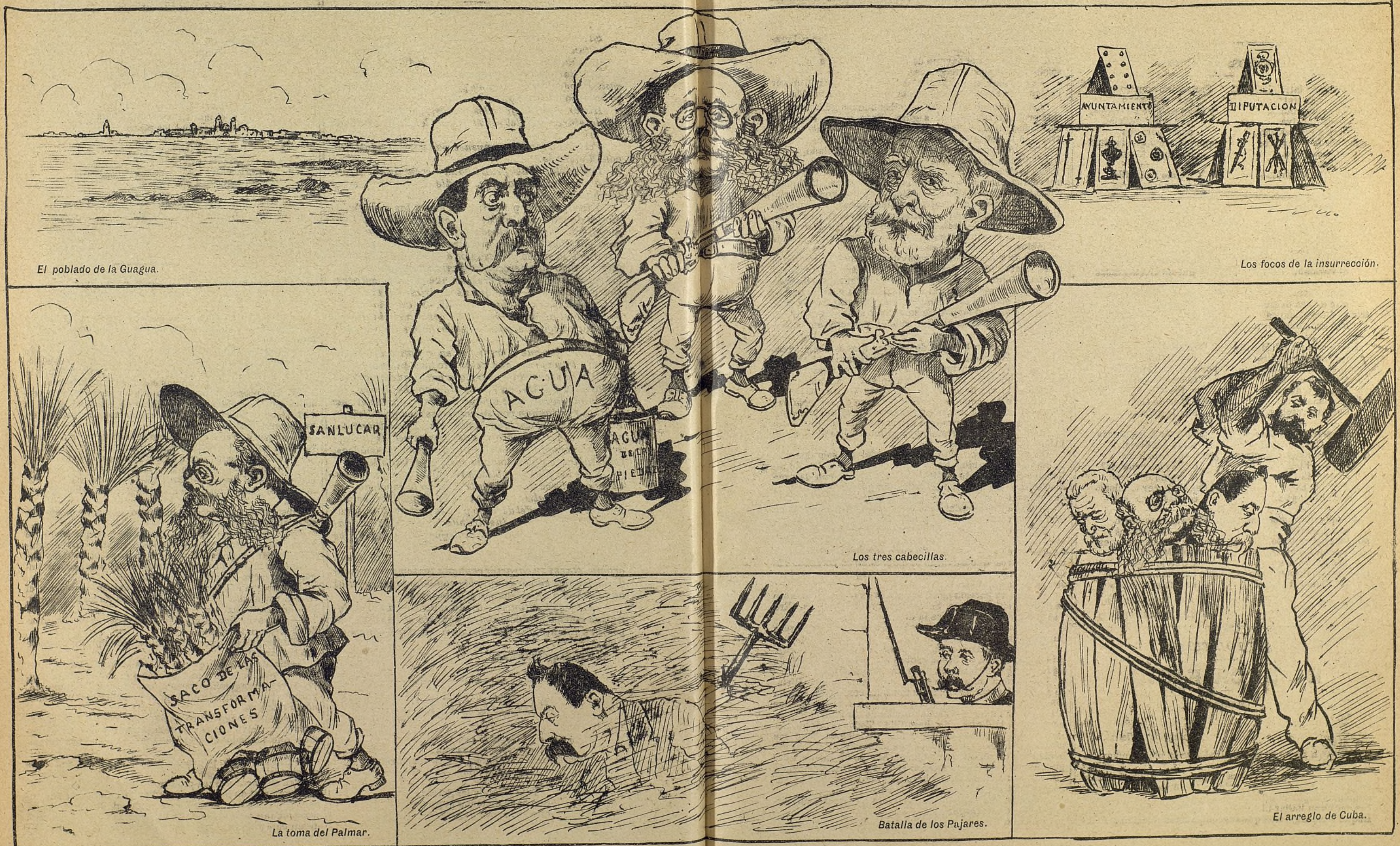
—¡Pues hombre no faltaba más que no se pudiera respirar! responde el mirón, pero apartándose prudentemente, porque por la mirada del jugador calcula la proximidad de un estacazo.

Pasa este amago sin consecuencias, pero á los breves instantes vuelve á la carga el mirón á pretexto de un codillo que ha dado el cacique lo más ramplonamente posible.

—¡No hay quien pueda con D. Fulano! ¡Vds. son unos rancheros!

Tan chocarrera frase produce su efecto, y otro jugador que anda mal de la vista, no pudiendo aguantar tanta insolencia, trata de aplicar un puntapié al desvergonzado, pero con tan mala suerte que va á parar á las posaderas de un capellán de Regimiento de un genio horrible, el

LA MANIGUA GADITANA



cual al sentirse acariciado y sin decir «agua va» le suelta un moquetazo que le aplasta la nariz.

Así suelen terminar las partidas donde se admiten mirones.

Creedme: si os gusta jugar á cualquier cosa, observad si existe alguno, y en ese caso huid de allí como alma que lleva el diablo.

Bargossi.

PAPIROTAZOS

Escrita en latin clásico
con roja tinta,
recibi ayer mañana
cierta misiva
que aqui traslado
después de traducirla
al castellano.

«A Celipin Centeno
que vive en Gades
la ciudad de las diosas
y los corales,
salud le envian
Cicerón, Marco Antonio,
Flavio y Calígula.

Por noticias llegadas
al Paraíso,
con dolor y sorpresa
hemos sabido,
que en ese pueblo
tratan á los romanos
con gran desprecio.

Dicen que un tal Murillo
que no es pariente
de aquel gran sevillano
y artista célebre,
con gran desdoro
á los romanos puso
de mamarrachos.

¡Mamarrachos nosotros!
¡Por Cayo Crispo!
que es muy suelto de lengua
ese Murillo.
Si vive Cesar
y lo sabe, le corta
toda la lengua.

Aunque no conocemos
al tal Murillo
por tener poco trato
ya con los vivos,
nos figuramos
que será cualquier cosa:
¡al fin monárquico!

Proteste en nuestro nombre,
señor Centeno
y haga público en Gades,
que no queremos
pasar por cosa
que ofende y que lastima
la propia honra.

Y dígame á Murillo
de nuestra parte
que él si que es un... etcétera
de los más grandes,
y no fastidie,
que es el más *jaquecoso*
de los ediles.

Ya otra vez nos contaron
que en ciertas casas
puso unos palitroques
en las ventanas,
por cuyo acuerdo
las chicas le tomaron
de firme el pelo.

Cuando llegó á nosotros
esa noticia
por poco nos morimos
todos de risa
y dijo Cesar:
—ese Murillo tiene
mal la cabeza.

¡Encerrar á las chicas
como canarios!
¿pero ese caballero
qué se ha pensado?
le rompo el alma
si llega á hacer lo mismo
con las romanas!

Y para no cansarle
más, concluimos
mandándole espresiones
para Murillo,
y que le diga
que para mamarracho
su jefe el Tripas.

Por la traducción,

CELIPIN CENTENO

SIN POLÍTICA

EL SACRIFICIO

(MARINA)

A Rafael de la Viesca.



La gente se arremolinaba en la playa comentando el suceso.

¡También era desgracia! Cuando el viento empezó á bramar, y el cielo se torció de color plomizo anunciando que el huracán estaba próximo, todas las barcas pudieron hallar abrigo en la ensenada, menos la de Roque. —Se alejó más que sus compañeros—decían los vie-

jos y sin duda le habrá sorprendido la borrasca en alta mar.

¡Pobre Roque! Su pérdida era segura. Era aquella costa un horrible hacinamiento de escollos que apenas si dejaban paso libre á las barcas para la entrada y salida del pequeño puerto. ¡Y en qué día iba á perder el infeliz la vida! La víspera de su boda con Soledad, la moza más gallarda de toda la ribera de Juncuales!

Y si la niña era bocado fino, no se llevaba á un pelagatos, que también Roque por su traza arrogante y su hombría de bien, era el orgullo de la gente marinera y el deseado de todas las muchachas del contorno.

—¿Qué pareja, qué pareja! decían las comadres, al ver juntos á los novios, paseando por las calles del pueblo.

Así estaban de afligidas aquellas buenas gentes con la catástrofe que daban por segura. Eran varios todos los consuelos que en su lenguaje tósco y sentido trataban de prestar á la pobre novia. Cuando ella sintió los rugidos del viento que repercutían en los huecos del acantilado, corrió desolada á la playa y subió á lo alto de una roca, desde donde se descubría toda la extensión del agitado mar. Y allí estaba rodeada de casi todas las mujeres, llorando y entregada á la desesperación. Detrás de la joven, silencioso y contraído el duro rostro por una expresión de amargo duelo, había un hombre de atléticas formas. Era Pascual, el gigante, como le decían en Juncuales, el antiguo novio de Soledad, el que le seguía á todas partes sin despegar los labios, y devorándola con los ojos. Cuando ella un día, cansada de sus modales bruscos y de sus celos impertinentes lo dejó por Roque, el desairado galán no tuvo para Soledad ni una palabra de reproche. Devoró la ofensa, haciéndose aún más sombría y dura la expresión de su curtido rostro, pero nada más. El seguía adorándola: por eso estaba allí: porque conocía el motivo de su dolor y si su dignidad se lo hubiera permitido, hubiera sido el primero en consolarla...

—¡Voto á un rebenque! decía á los que estaban cerca. ¿Por qué afligirse de ese modo? ¿Acaso Roque no ha peleado nunca con esa maldita resaca que ya es nuestra amiga? Ya vendrá, ya vendrá, decía en voz alta, quizás para que sus palabras llegasen á los oídos de la llorosa joven.

Y en efecto, como evocada al conjuro de su palabra, allá en la cresta de una ola que parecía tocar al cielo, apareció una mancha negra que el mar sacudía furiosamente.

—¡La barca, la barca! se oyó gritar con expresión de júbilo en toda la playa.

Si era la barca: ¡pero en qué estado! un solo hombre había en ella, subido en lo alto del palo y agitando un lienzo como pidiendo auxilio. La pobre nave con la proa deshecha y casi anegada, flotaba sin gobierno á merced del huracán.

—¡Hay que salvarla! decían las mujeres gritando como locas,—se va á estrellar. ¡Pronto! ¡Un bote!

Nadie se movió. Aquellos marineritos curtidos en las luchas con el traidor elemento sabían que intentar la empresa era correr á la muerte. En vano suplicaba Soledad á unos y á otros, que salvaran al elegido de su corazón. Todos bajaban la vista avergonzados y esquivaban la presencia de la sinventura.

Cuando ya parecía perdida toda esperanza, un hombre se llegó al sitio en que Soledad yacía desplomada. Era Pascual que con voz ronca la dijo:

—No llores; yo voy á salvarlo: si el mar me traga, reza por mí, y moriré contento.

Y sin una palabra más, se despojó de la pesada chaqueta que vestía, y saltando sobre las primeras rocas de aquel terrible cinturón de piedra se arrojó al mar.

Un silencio de muerte se extendió por la playa. Diríase que la plegaria ferviente de todos los corazones, sellaba los labios. La ansiedad era inmensa. De vez en cuando las olas permitían ver á Pascual luchando bravamente por acercarse á la destrozada barquilla. Todos le vieron llegar: media hora después un clamor de alegría llenó los aires cuando se vió al gigante que nadando con un brazo arrastraba con el otro el inanimado cuerpo de Roque. Luego, cuando ya sus pies tocaron el fondo, irguió su elevada estatura y tomando en sus brazos al naufrago, con un supremo y último esfuerzo saltó á la playa.

—¡Suelta, suelta dijo á un marinero que quería aliviarlo del peso de su carga.

—Es que traes sangre en la cara.

En efecto; un golpe contra una roca había causado a Pascual una espantosa herida en la frente.

El héroe no hizo la menor demostración de disgusto. Vió adelantarse a Soledad, y satisfecho y sonriente, dejándose sobre la arena de la playa a Roque que ya daba señales de vida, empujando suavemente a la muchacha hacia el cuerpo de su novio murmuró con triste sonrisa:

—¡Ahí lo tienes mujer! ¡Ahí lo tienes!

Y luego, limpiándose con la velluda mano la sangre que le cegaba, añadió con emoción:

—Mañana cuando le des el primer beso ya no te acordarás del que le salvó la vida...

Joaquín Navarro.

Marzo 23, de 1895.

Nuestros versos

AL MAR

Espejo de la luna de plata cincelada,
inmensidad revuelta de luz y de color,
hipócrita elemento a quien canté algún día
con ritmos los más bellos que pudo hallar mi voz:
¡mal haya aquella musa que te dediqué un canto,
ladrón de luz de cielo, de vidas y de sol!
¿De qué sirve tu arrullo, alevé y traicionero?
¿De qué, en tu blanca espuma, el paso seductor
con que avanzando siempre para lamer la arena,
salpica la ancha mole del secular peñón?
¡Infame!... ¡Qué mal cobras los frutos que te arrancan
las redes atrevidas del pobre pescador,
quemándoles sus frentes con tu salobre brisa
y acariciando cuerpos que hieres a traición!
¿Quién fue el que entre los pliegues de tus rizadas ondas
suspiros de agonía tan pródigo sembró?
¿Quién fue el que de atractivos bordó tu azul inmenso
que hiere con más fuerza que zarpa de león?
¿Quién en tu fondo negro, la hiel de la venganza
contra quien en ti fía, terrible amontonó?
¿Quién llena de rugidos las olas que se encrespan
y apagan el llanto del último dolor?
¡No, mar! Esos recuerdos que guardas en tu seno
no pueden haber sido divina creación!
Dios siempre es bondadoso, y como las infamias
no salen de las manos del justiciero Dios,
a ti te formó el llanto de una mujer coqueta,
que sazonó tus aguas con una maldición.

Miguel Rey Rivadeneyra.

GUAJIRAS

De la crisis, ya no hay que hablar.

Quédese eso para los conservadores que alimentan esperanzas y sueñan con el arroz con leche desde el centenario de Colón.

La cuestión de Cuba, también preocupa mucho a los amantes de emociones, pues creen algunos que aquello ha de acabar con que los negros se salgan de madre, de la madre patria.

Hay quien espera que el filibusterismo invada las provincias españolas, después que los negros se coman a nuestros soldados, al son de una danza, con guayaba y pan.

Lo que está haciendo falta es que vaya Martínez Campos, y verán ustedes como remite en el primer correo varias cajas de separatistas en conserva.

¡Porque él es así!

Si a mí me nombraran pacificador de la isla y con atribuciones generales, dejaba aquello como una seda.

Primero le daba a cada negro la razón y un par de calzoncillos de flanela; después cogía a los jefes del movimiento, los convidaba a café y a queso de bola, y le daba a cada uno siete pesetas veinticinco centimos; a los periodistas amigos del movimiento insurreccional les proporcionaba un mono de tricot y un sombrero de jipijapa, por cabeza, y derramando beneficios a derecha e izquierda, dejaba la isla como aspiración de curlista.

Este sistema no lo he inventado yo, sino un concejal que ha estado en Cuba y llama enaguas a las maniguas, y embusteros a los filibusteros.

¡En fin!... ¡Que me manden y...!

Moscardón.

POR TELÉGRAFO

(DE NUESTRO SERVICIO PARTICULARÍSIMO)

Varias noticias

Madrid 23.

El general Martínez (don Arsenio),—ha echado en estos días muy mal genio.—Don Francisco Silvela—reniega a cada paso de su abuela.—Sagasta tiene un grano,—en mitad de la palma de la mano.—El ministro Pasquin—se ha lastimado con un adoquín.—Cánovas del Castillo,—se ha levantado ayer muy amarillo.—Todos estos sensibles accidentes—indican cataclismos inminentes.

PILATOS.

¿Suicidio?

Madrid 24.—5 mañana.

Ayer corrió la noticia—de que cerca de Madrid—se encontraron junto a un árbol—una espada y un fagín.—Junto a los dichos objetos—había una flor de lis—y un cigarro de diez centimos.—quemado y «sin concluir».—Este último objeto, dicen—que es lo que hace presuñir—que se trata de un suicidio—con veneno.

CACHUPIN.

Obsequio

Periodistas madrileños—después de magna reunión—acordaron regalar—al elocuente orador—Castro y Carrillo, un Tratado—de prestidigitación—para mostrar de algún modo—al referido señor—su gratitud, por lo fino—que con ellos se portó.

PLAFF.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

C. de la M. y G.—¡Qué horror! Dedicar versos a una boca y decir disparates y sin el número de sílabas que mandan los Concilios! ¡Versos a una boca!

¿No teme, desventurado
que le den a usted un bocado?

Matasiete.—Sus cantares, por vulgares no se los puedo insertar: cree usted, que es cosa tan fácil, el escribir un cantar?

Reverdo.—Sus quejas son muy fundadas. Pero ¿qué quiere Vd.? los repartidores se han propuesto acabar con el periódico y están haciendo lo posible por conseguirlo. Se corregirán las faltas.

Cárlos V.—S. M. no está bueno de la cabeza.

Bambalina.—Así se llama mi perro. Pero vale más que Vd. porque no hace sonetos de nueve versos ni habla más que lo preciso.

Pichón.—Las revistas de teatros no resultan en estos periódicos. Aparte de que Vd. no entiende de teatros. Digo, ¡me lo figuro yo!

Atila.—Sí, hombre, sí; allá va el primero: (¡quitarse de debajo!)

«Niña preciosísima
por tí me muero de pasión
y no te veo por ahí
¡ay mi corazón!»

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

Cataclismo.—Buena letra y buena ortografía, pero eso no basta para ser poeta, ¿verdad?

Julepe.—Lastima de final tan hermoso con un principio tan malo, y un medio tan estúpido.

Carino.—Y echó Vd. mucho tiempo en componer eso, ¿verdad?

Imprenta de La Unión Republicana

LO MEJOR DE CADIZ



Cuando yo me esté muriendo
séntate á mi cabecera
dame *Amontillado Blazquez...*
y puede que no me muera.

Novena (Escritorio).



Se enfurece y desespera
y se tira de los pelos
porque corren más que él
las berlinas de Cabello.

Oficinas (P. de Fragela).



Al ver esta procesión,
todos con envidia dicen:
¡qué modo de vender máquinas!
¡y qué suerte tiene Singer!

Columela (Depósito).



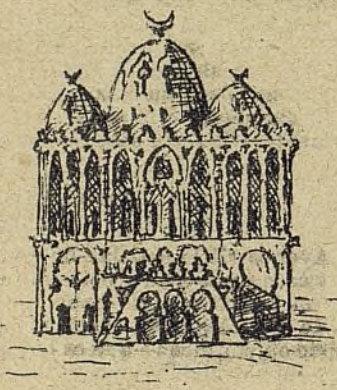
Hasta de Inglaterra vienen
á Cádiz muchos viajeros,
atraídos por la fama
del rico pan de Merello.

Rosario, 27.



Se ha propuesto consumir
un tonel de *Chateau Aguada*.
que es un vino superior
de las bodegas de Aranda.

Ancha, 7.



¿Veis este lindo edificio
que en Frajana han levantado?
Pues lo han hecho con cemento
y con mosaicos de Aguado.

Cobos, 6 (Depósito).



—¿Qué me traes para regalo
de boda, querido Arturo?
Una elegante pulsera
de la platería de Estrugo.

Juan de Andas, 24.



Yo quiero que me coloquen
para comprarme zapatos.
—Y yo, para hacerme un terno
en la sastrería de Ratto.

Ancha (Sastrería).



—¡Compañeros, ¿no es infame
que no tengamos ni ropa,
ni nos pongamos zapatos
de los que vende *La Rosa*?

Columela (Zapatería).



Estaba enfermo y bebió
los vinos de Ruiz Pomar,
y con los puños sostiene
el peñón de Gibraltar.

Vargas Ponce y Amargura.



Además de la caña
que es exquisita
¡hay que ver los platitos
que da *La Cita*!

Calle Nueva, núms. 1 y 2.



—¡Qué conservas, qué jamones!
¡qué vinos de todas marcas!
¡y qué suerte, si yo fuera
amigo de Galicia España!

P. Palillero, Ultramarinos.



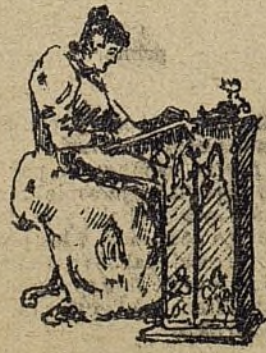
En la antigua sastrería
que fué de Plácido Verde,
se están haciendo mil trajes
para el Imperio Celeste.

S. Francisco y S. Barcáiztegui.



¿Donde compras tú ese encaje
que tan bonito resulta?
—¿dónde quieres que lo compre,
sino en casa de Ispizua?

Alonso el Sabio, 10.



«Querido Pepe: te advierto
que contigo no me caso
si no compras muebles finos
de casa de Simón Marco.

Despacho, Ancha y San José.



Estas chicas elegantes
van robando corazones
desde que compran sus telas
en casa de Tovia y Gómez.

Columela y Verónica.